

Todas estas intimidades tristes, bien sé yo que no suele nadie contarlas a los demás, porque los demás llevan todos también una cruz sobre los hombros y un poema dentro del alma.

Pero a ti quiero contártelas: me hace un bien muy grande.

Te abraza tu amigo,

JOSE MARIA

RUDIMENTOS DE ESTETICA

(Conclusión)

Lo ridículo, lo cómico, lo grotesco y lo monstruoso, son los diferentes grados de la fealdad, los cuales pueden existir en todo orden de cosas, y provienen de exageraciones y contrastes. Una caricatura es ya ridícula, ya grotesca, según la mayor o menor exageración de los rasgos. El ridículo moral se produce «cuando un individuo se halla en situación falsa, no sólo ignorando que lo está sino suponiendo encontrarse en otra muy distinta» (1): es el caso de los vanidosos, cuyo tipo es *El lindo Don Diego* de Moreto. Cuando con grandes medios se produce un efecto pequeño, resulta lo cómico. Tal es la descripción grandiosa de un objeto trivial, y el contraste entre los hechos y palabras de un fanfarrón.

Lo grotesco inspira casi siempre repulsión a la gente culta y divierte al vulgo. Lo monstruoso inspira horror a todos.

Pero como ningún sér es absolutamente malo, el mal puede ser objeto del arte, no en sí mismo, sino por estar acompañado de cualidades bellas: con tal

(1) Alonso Cortés, *Preceptiva*.

que por medio de esas cualidades el mal no se ofrezca bajo aspecto deleitable. Los monstruos pueden contribuir a la belleza de otros seres, a igual de las sombras en los cuadros, introduciendo variedad y haciendo resaltar la belleza de los seres más perfectos.

El tránsito brusco de lo serio a lo jovial se designa hoy con el nombre de humorismo, en que abundaron Luciano de Samosata, Shakespeare, Hoffmann y Poe. Es peculiar de la amena literatura inglesa.

En *La Perrilla* de Marroquín es grotesca la descripción del animal, y humorístico el desenlace de la cacería.

Lo sublime confina con lo ridículo, pues tanto en lo uno como en lo otro hay desproporción. Pero la diferencia está en que en lo sublime hay contraste sin desarmonía, lo que no sucede con lo ridículo.

La idea de mayor perfección o belleza que de un sér se concibe, llámase bello ideal. La mente se lo forma despojando a la realidad de sus defectos. Sin ideal no hay arte bello. Por eso éste se define: *Realización sensible de la belleza ideal; o imitación de la belleza real, conforme a una idea de perfección relativa*. Ésta es la misma idea que Bacon significó definiendo el Arte *homo additus naturæ*. Y así debe entenderse el pensamiento de Oscar Wilde: «el artista no imita a la Naturaleza, sino que corrige sus obras.»

Según esto, en la fotografía de un paisaje hay sólo una copia de su belleza real; pero en una pintura del mismo, para que haya arte debe haber sólo una imitación perfeccionada, es decir, idealizada suprimiendo algunos defectos y realzando algunas cualidades; porque como el artista nunca es capaz de reproducir exactamente la realidad, necesita compensar esa falta idealizando.

El arte no es antagónico de la ciencia mientras no

se abuse de él. Ambos analizan y sintetizan unos mismos objetos; pero difieren en el modo y el fin con que lo hacen. La una analiza o sintetiza para clasificar y deducir; el otro para sentir y admirar. El sabio busca relaciones específicas; el artista relaciones morales.

«Hay que disfrutar del arte sin dejarse absorber por él, dice Lanson. Nada mejor que el arte cuando no se le convierte en fin exclusivo de la existencia» (1).

II.—CAUSAS DE LA BELLEZA

La belleza en los seres resulta de tres causas: unidad, variedad y armonía de sus partes (elementos, atributos y acciones), tanto esenciales como accidentales. Cada una de las tres causas puede ser o moral o material, específica, cualitativa y cuantitativa o numérica.

La unidad consiste en el orden o relación de las partes a un solo fin. En ella se incluye la integridad, la cual consiste en que no falte ninguna parte necesaria. Así, la primera Catilinaria es íntegra aunque no tenga preámbulo, porque éste era innecesario por las circunstancias. La unidad literaria exige que haya una idea capital, y que el estilo corresponda al género de la obra.

En los escritos las digresiones, aunque pueden contribuir a la variedad, son contrarias a la unidad, que es causa principal de la belleza; por lo cual sólo se permiten parcamente.

La variedad o diversidad de partes, cuando no es sólo numérica, sino cualitativa y específica, opónese a la monotonía. Por eso a un asunto se le da variedad tratándolo por distintos aspectos, combinando las consideraciones con descripciones y relatos. En el lenguaje y estilo se logra, evitando toda repetición inútil y em-

(1) « Amo las letras pero no las adoro, decía Montaigne.

pleando moderadamente los adornos gramaticales y las figuras retóricas. La variedad mayor se da en el contraste u oposición de cosas contrarias.

La armonía es correspondencia o relación de las partes entre sí, por el lugar que ocupan, por la materia de que constan, por la conveniencia, proporción y aun simetría de sus formas, o por la gradación de tonos en el color y el sonido. La armonía material exige que las partes tengan la extensión debida. En literatura la extensión no puede precisarse matemáticamente, pues en el orden intelectual, como en el moral, rigen leyes superiores al sistema de pesas y medidas. Pero se comprende que un exordio no puede ser la mitad de un discurso. También la armonía material requiere que no haya disonancia en las palabras y frases. La armonía moral de las obras literarias consiste en que todas sus partes concuerden en el estilo predominante, y en el orden de los pensamientos.

Lo que algunos llaman esplendor o brillo, es para otros la belleza misma, es decir, la suma de las tres causas o elementos de la belleza. Para otros es cualquiera de los tres elementos dichos, pero en grado sumo. Ni es preciso que se hallen reunidos en un objeto, pues en la esencia divina, infinitamente bella, sólo existe unidad simplísima. En los demás seres la unidad, variedad y armonía, si por una parte se completan mutuamente, por otra tienden a oponerse. La unidad se opone a la mucha variedad, y a la variedad se opone la demasiada armonía, que es la simétrica, como puede comprobarse en una serie de columnas. En las ruinas y en las estatuas mutiladas, la falta de integridad y la desarmonía están compensadas con la variedad suma, producida por el contraste de las partes truncas. El predominio de uno de los tres elementos es el distintivo esencial de todos los sistemas artísticos.

III.—APTITUDES ARTÍSTICAS, ELEMENTOS, MEDIOS Y FIN DEL ARTE.

Las aptitudes artísticas se dividen en perceptivas y creadoras. Las primeras se reducen al buen gusto, que en el artista es condición inmediata para el sentimiento estético.

El buen gusto proviene de disposiciones naturales, se educa con el conocimiento de las reglas, y se ejercita con la aplicación de éstas: *natura incipit, ars dirigit, usus perficit*, dice Vossio. Por esto, aunque la Retórica enseñe a expresar bien las ideas, por sí sola no basta para formar oradores ni poetas (1).

Se ha llamado el buen gusto «conciencia artística,» y consiste en la aptitud para distinguir en las obras propias y ajenas lo más expresivo, interesante y emocionante; lo que conviene o no conviene: en suma, las cualidades y defectos. Hay pues, gusto positivo y gusto negativo. En ambos intervienen dos elementos: sensitivo y racional. Hay también un gusto espontáneo, y otro reflexivo que supone hábito de observación fina, puesta al servicio de claro entendimiento, de imaginación viva y sentimiento delicado. Mas ninguna de estas cualidades ha de prevalecer sobre las demás. En el artista y sobre todo en el escritor ha de haber armonía de facultades; pues del predominio exclusivo de la inteligencia resulta la aridez de la llamada «literatura de ideas»; de los excesos de la imaginación provienen los tropos violentos, las comparaciones forzadas, y la falsedad de las descripciones. Y el sentimen-

(1) *Natura fieret laudabile carmen, an arte,
Quaesitum est. Ego nec studium sine divite veña,
Nec rude quid possit video ingenium. Alterius sic
Altera poscit opem res, et conjurat amice.*

(Arte poética, 408 y siguientes).

talismo o exageración del sentimiento, se traduce en recargo de expresiones tiernas, lúgubres, apasionadas (1). Muy difícil es el equilibrio de las facultades. En los sabios predomina la inteligencia; en los poetas la imaginación y el sentimiento. Sólo en los grandes caracteres prevalece la voluntad, reina de todas nuestras potencias.

Talento es facilidad mental para deducir ideas generales.

Ingenio o talento creador, es la facultad inventiva. Se divide en científico y artístico. El primero excluye el sentimiento, y se distingue por un gran poder de inteligencia, mientras que el segundo es el resultado práctico de todas las aptitudes ya mencionadas, y se distingue por un gran poder de fantasía. Dase este nombre a la imaginación cuando crea o inventa. Esto puede hacerlo de cinco maneras:

Representando más o menos idealizados, seres iguales a los que existen, y que individualmente no han existido; como casi todos los personajes de los poemas, cuentos y novelas;

combinando partes de objetos reales para formar seres ficticios, como el Grifo, la Quimera, las Harpías, los Centauros;

exagerando y reduciendo rasgos, como en las caricaturas;

personificando seres inanimados, irracionales, abstractos, como se acostumbra en las fábulas;

fingiendo seres dotados de cualidades sobrenaturales, como las hadas, los genios, gnomos, duendes, zahoríes, etc.

(1) «Nace el *sentimentalismo* cuando el sentido moral y el sentido estético comienzan a corromperse.» Menéndez Pelayo, obra citada.

El ingenio no excluye largo trabajo intelectual, y en esto difiere del genio, que concibe por una especie de adivinación, y crea de improviso. Pero a veces la intuición súbita resulta de paciente labor, pues se ha dicho que el genio es prolongada paciencia. Distintivo suyo es la originalidad suma, al hallar relaciones, fórmulas y formas que a nadie antes se le hayan ocurrido (1).

Para producir obras bellas necesitase además inspiración, la cual es una energía que la emoción estética excita en la imaginación, en la mente y en la voluntad, en orden a la realización de la belleza. La inspiración poética llámase numen o estro.

Estimúlase la inspiración con el hábito de la observación sagaz y de la reflexión, que busca relaciones de los objetos bellos con sus causas y fines, o los compara con otros objetos análogos o contrarios, para hallar rasgos comunes o discordancias. Sin observación y reflexión es difícil que ocurran a la mente hermosas imágenes, símiles, antítesis y otras figuras que tan importante oficio desempeñan en el arte literario.

Todos podemos percibir algún grado de belleza en los seres, pero no todos tenemos aptitud natural para distinguir los diversos grados y escoger lo que mejor parezca. La variedad de buenos gustos procede de que a veces se prefiere una cualidad bella, a veces otra. Por esto en varios gustos puede haber en parte razón, para que valga el proverbio: *de gustibus non est disputandum*. De diez individuos a cuya elección se ofrezcan, por ejemplo, diez flores diferentes, cada cual puede escoger una distinta, y no podremos decir que han tenido mal gusto en su preferencia respectiva.

(1) «Lo que caracteriza el genio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive.» Pastor Díaz.

Habría contradicción en reconocer diversidad de gustos buenos, si éstos se refirieran a objetos contrarios entre sí, o a un solo objeto *considerado bajo un mismo respecto*. Pero como en las creaturas andan mezclados defectos y cualidades, no hay perfección absoluta en ellas, ni imperfección absoluta; y así, en todo sér puede apreciarse el minimum de belleza que contenga. Por consiguiente el buen gusto admite grados correspondientes al grado de belleza apreciable. El mal gusto consistiría, no en apreciar sino *en preferir una cualidad bella evidentemente inferior a otras*. Fuera de este caso extremo, hay buenos gustos relativos, más o menos cultivados; y en la práctica es imposible precisar el buen gusto absoluto.

De aquí se sigue que el gusto debe evitar exclusivismos. En nombre de las personales aficiones no se debe condenar las legítimas preferencias de los demás (1).

En el arte hay un elemento estable: las ideas concebidas por el entendimiento; y otro mudable: las formas bellas que expresan esas ideas, y son sugeridas por la imaginación y el sentimiento. Entre estas formas hay unas que siempre son tenidas por bellas, porque lo son en grado sumo; y otras no parecen bellas sino en determinadas épocas, ocasiones o lugares, porque su belleza es parcial. Esta es la única explicación de las modas y estilos de toda especie.

Toda forma artística es buena con tal que no contradiga a la recta razón: *ars una, species mille* (2).

(1) V. Pondray Warren.

(2) «No hay literatura alguna sin fórmula, y todas son buenas si expresan cosas excelentes.» Albalat. «La belleza, aun tal como la concibió y expresó la clásica antigüedad, puede y debe ser buscada y hallada por más de un camino, con formas, si no opuestas, distintas, y con atavíos varios, conformes a épocas y pueblos diferentes.» Alcalá Galiano.

Las reglas se aprenden en los textos, se estudian examinando minuciosamente las obras de autores modelos, y en el arte literario se aplican componiendo y corrigiendo: todo lo cual es procedimiento artificial inútil cuando faltan capacidades artísticas, que jamás un profesor ni un texto pueden infundirle a quien Dios no se las haya concedido.

Ni se puede prescindir de las reglas, ni sujetarlo todo a ellas (1).

El fin inmediato del arte no es docente, sino que se limita a producir belleza imitando e inventando: en este sentido es admisible la fórmula de *el arte por el arte*. Pero ese fin no debe oponerse a la moral (2); y así, no puede cultivarse el arte por el arte solo, es decir, con prescindencia de aquélla. Según esto, hay obras de arte que son moralmente malas. En ellas hay algunas bellezas de orden material o intelectual, pero carecen de belleza moral.

En resumen: La belleza conocida produce admiración y placer estético.—La belleza representada conforme a un ideal, es arte.—Las facultades que perciben lo bello son la vista y el oído, junto con la imaginación y el entendimiento.—Las facultades con que se disfruta son el apetito sensitivo y el racional.—En la belleza y en la fealdad se distinguen especies y grados.—La fealdad no siempre inspira aversión, sino que puede ocasionar ya placer estético, ya diversión.—El arte consta

(1) Cfr. Suárez, *El Progreso*, iv.

(2) Léanse las páginas 432 y 436 del vol. 1, tomo iv de las *Ideas estéticas*, ed. de 1887. «El artista, por el solo hecho de producir la belleza sin violar la ley moral, sirve a la causa del bien, porque hace prevalecer los goces estéticos sobre las satisfacciones groseras de la vida animal; y aunque sólo tienda a objetos moralmente indiferentes, el artista indirectamente moraliza.» Cardenal Mercier.

de dos elementos: real e ideal.—La ciencia y el arte convienen en los medios y difieren en el fin.

La unidad incluye la integridad, y la armonía la proporción.—El esplendor no es elemento aparte. La mayor variedad puede suplir la armonía, y la suma unidad las otras dos causas.

Buen gusto, ingenio e inspiración, son imprescindibles condiciones artísticas.—Aparte de las dotes que el buen gusto supone en un autor, se le exige subordinación a la moral.—El arte es diferente de ésta, pero no independiente.—Ha de haber verdad en las ideas, belleza en las formas, bondad en el fin, al cual no ha de oponerse un medio inadecuado.

JUAN CRISOSTOMO GARCIA
Presbítero.

CARNAVAL

A Monseñor Carrasquilla, respetuosamente.

Y vi al través del tiempo otras edades,
No cual la nuestra falsa y achacosa,
Sino viril, con nuevas sociedades,
Creación del porvenir, alta y hermosa.

Pero aun en esos tiempos regalados,
La necia farsa, en diosa convertida,
Iba como en los siglos ya pasados
Haciendo un carnaval de nuestra vida.

Cualquier mendigo aparecer podía
Por arte de disfraz, en rey trocado;
Sin que faltara allí, cosas de hoy día,
Ningún defecto humano disfrazado.